

bre los *Hornos de Música*, que sin que jamás lo hubieran sospechado otros, vinieron á servir de Caballero alto, dominante de los fuertes edificios que ocupaba el enemigo. El general en jefe pasaba diez, doce y veinte horas en las líneas de circunvalacion poniendo personalmente nuestras piezas en puntería, y haciendo avanzar á nuestras columnas casa por casa, aspillerando, horadando ó minando las paredes intermedias; volvía al despacho de los negocios, y, con una actividad delirante, acordaba las mas oportunas y fecundas disposiciones sobre construccion de parque, reconstruccion de armamento, acopio de víveres, etc.; y dominando los mas variados asuntos, hacia conducir una pieza de grueso calibre olvidada en el cerro del Borrego y otra perdida en Perote; llamaba á una partida de hombres equívocos, establecida en la "Malinche," y les inspiraba la noble ambicion de servir á la República; y todavía preguntaba á sus ayudantes: ¿No queda algo que hacer?

La cuestion de recursos se revolvía en su mente entre los fuegos del enemigo y el medio de apagarlos sobre esta ó aquella posicion, por esta ó aquella línea. El mismo dia, acaso, en que se le desplomaba encima el techado candente de Chiariñi, volvía meditando un nuevo recurso financiero, equitativo y lo ménos oneroso que era posible.

Creó una aduana en la estacion de Apizaco, para que los efectos que se introdujeran en México pagaran allí los impuestos legales; dió el decreto de 11 de Marzo, imponiendo el 1 p<sup>o</sup> sobre todo capital raiz ó moviliario, é hizo salir al general

Terán para la ciudad de Orizaba á negociar un anticipo de dinero con el jefe de hacienda del Estado de Veracruz, que lo era el honrado cuanto eminente hacendista, general D. José M. Mata. "Dile al compañero Mata—decía al general Terán—que dentro de tres dias no tendré pan para la tropa; que los prestamistas serán reintegrados con los mismos productos del impuesto, y que ofrezca su garantía personal y la de mi nombre, seguro de que no comprometeré nuestra honra.

Los própietarios y comerciantes de Orizaba facilitaron una gruesa suma á los Sres. Mata y Terán, y á su tiempo fueron religiosamente reintegrados. La aduana de Apizaco produjo algunos recursos, y los empleados encargados de su despacho recibieron instrucciones para hacerse reconocer en el Distrito Federal, y dar desde luego principio á la formacion de los expedientes necesarios para que la derrama decretada fuéase á la vez que justamente proporcionada, debidamente productiva.

Se mandó al Golfo un inspector de aduanas marítimas, se reorganizó el servicio de las de los Estados de Tabasco y Veracruz, y se cerró la de este puerto y habilitó el de Alvarado para el comercio de altura.

Incorporada la división del Sur, establecida la de observacion en la línea de Chaleo y Texcoco, reparadas las líneas telegráficas de Veracruz y México por los Llanos y por Rio-Frio, el Cuartel General se hacia obedecer en toda la extension de su mando, desde Tabasco y Chiapas hasta Pachu-

ca y Toluca. Las operaciones del sitio se seguían con una actividad asombrosa, multiplicándose nuestra escasa artillería por la prontitud y eficacia de nuestros artilleros, y adelantando día por día nuestra línea de operaciones en el orden dispuesto por el general en jefe para arrancar de ellas el empuje de nuestras columnas de asalto á la hora conveniente.

Cada campamento era un pueblo, porque los habitantes de la ciudad habían ido á buscar en ellos las garantías y comodidades de que carecían en la plaza. Acudían al cuartel general los gobernadores, los comisionados, las personas de negocios de toda esta parte de la República, y nadie tenía que esperar en antecámaras ni en tramitaciones la resolución del asunto más árduo, que el general en jefe acordaba con una sencillez patriarcal, entre un movimiento militar ó un orden sobre maestranza; muchas veces con un proyectil en una mano y el lápiz en la otra, para calcular la duración de la espoleta ó el grosor y la resistencia de una granada. Al toque de Ordenanza, que nunca quiso prohibir, como el único lujo que se dispensaba frente al enemigo por no excusarse de sus tiros, soldados y paisanos, hombres, mujeres y niños, todo el mundo se levantaba, se empinaba, buscando al modesto general que venía de los lances más peligrosos para consagrarse á los estudios más profundos de legislación, hacienda ó gobierno.

Márquez había salido entretanto, de la plaza de Querétaro, sitiada por los ejércitos del interior;

había reasumido todos los poderes en México como *Lugarteniente* del Emperador, y, ejerciendo una tiranía frenética, había por último reorganizado los dispersos pero abundantes elementos imperialistas, y puéstose en marcha para auxiliar á los sitiados de Puebla con una columna de 4,500 hombres de las tres armas, y tres baterías, dejando en México una guarnición suficiente para mantener en respeto á las partidas irregulares que recorrían el valle.

Son interesantes á este respecto las comunicaciones oficiales que trasladamos en seguida:

“Ministerio de Guerra.—México, Marzo 23 de 1867.—Me impuse de la de vd. del 17. De las que cita, solo he recibido la del 10 y su proclama de aquel día, que contesté el 16, adjuntando orden para girar 10,000 pesos sobre Veracruz. Los sacrificios de V. S. y de los que le obedecen, no serán estériles. ¡Animo! que el Emperador, después de su buen suceso en Querétaro, debe estar ya en marcha, ó al ménos una fuerte división que tal vez se dirija por los Llanos en auxilio de Puebla, cuyos sitiadores sé que han sufrido ya mucho por las certeras punterías de la plaza. Reitero á V. S. mis instrucciones sobre que á todo trance se defienda, pues el gobierno no admite capitulación ni arreglo de ninguna especie; ¡firmeza y energía! un poco de tiempo más, y el enemigo, ó huye ó será vencido por nuestra columna de operaciones. Sírvase V. S. disponer que las cifras con que escribe no sean tan diminutas, porque se pierde mucho tiem-

po en descifrarlas y hasta se hace imposible cuando es de noche.—El Ministro de Guerra, Portilla.—Señor general D. Manuel Noriega, en jefe de la tercera division del segundo cuerpo de ejército.—Puebla.”

“Estado Mayor General del ejército.—México, Marzo 27 de 1867.—He leído la comunicacion que V. S. envió al gobierno, en la que le comunica que rechazó al enemigo la bizarra guarnicion de esa plaza. Quedo enterado de los movimientos que ha emprendido para estrechar mas el sitio; pero repito á V. S. lo que le dije en mi comunicacion de esta mañana respecto del oportuno auxilio, para lo cual yo mismo saldré con “una columna de OCHO MIL hombres de las tres armas para escarmentar al enemigo.” Entretanto, espero del valor de V. S. que la plaza se sostendrá á todo trance hasta mi llegada. S. M. el Emperador, tanto á V. S. como á la bizarra guarnicion de esa plaza da las gracias por su comportamiento. Hágalo V. S. saber así á la guarnicion.—El jefe del Estado Mayor del ejército, *Leonardo Márquez*.—Señor general Noriega, etc., etc.—Puebla.”

Hemos llegado al mes de Abril y no sabriamos como describir la maravillosa victoria del dia 2, si tuviéramos que fiarnos á nuestros propios esfuerzos. Hay, por dicha, una página trazada por la diestra pluma de un testigo ocular, que durará tanto como la memoria del suceso que refiere. Su insercion dará mayor interes á este relato.

“El ejército de Oriente, dice *El Globo* de 2 de Abril de 1868, descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No se habia obrado aún el movimiento de concentracion que reunió poco despues bajo los muros de la ciudad de Zaragoza á una considerable parte de las fuerzas que defendian la independencia en la parte oriental de la República. Cuando el general Diaz se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apénas á 3,000 hombres. No fué su idea, segun hemos entendido, poner en asedio la ciudad: en vista de la inferioridad numérica de su ejército y de sus elementos de guerra, creyó que el enemigo saldria á su encuentro, y hé aquí por qué en la mañana del 8 de Marzo tendió sus tropas en batalla á la falda del cerro de San Juan.

“La guarnicion imperialista, léjos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificacion. Para establecerla y reforzarla se habian aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército frances cuatro años ántes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla habia sido, durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la intervencion. Pocos meses ántes se habia recibido de Europa una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos, y los almacenes de la plaza rebosaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

“El jefe del ejército de Oriente contaba con un

número de fuerzas mezquina, relativamente á la empresa de cercar la ciudad y de reducirla por un formal asedio. Le faltaba casi del todo la artillería, y esto por la sencilla razon de que se habia armado con los despojos del enemigo, y de que los austriacos y traidores, derrotados en Miahuatlán y la Carbonera, no llevaban artillería de batalla ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botin recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituian casi todo el material de artillería del ejército que comenzó á sitiar á Puebla en los primeros dias de Marzo del año pasado. Los defensores de la plaza lo sabian y se juzgaban seguros tras de su línea terriblemente artillada.

“El gefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algun desconcierto en el enemigo. Con el recuerdo de los rudos ataques que en el sitió de 63 sufrió la parte occidental de la ciudad, se procuró dar por aquel lado un carácter inexpugnable á las fortificaciones. Una mañana, de improviso, los defensores de la plaza vieron establecidos á los sitiadores á poca distancia sobre un torreón artillado que dominaba la línea de defensa. Era un gran horno de cal. El general Diaz lo habia mandado macizar con escombros durante la noche, y hecho subir á aquella torre improvisada algunas de las piezas ligeras de que ántes hablamos. Por este medio las fuerzas sitiadoras se encontraron protegidas en su avance progresivo al interior de la plaza, y la guarnicion de ella vió nulificada la ventaja que le daba la principal de

sus líneas de defensa, comprendiendo el peligro de que fuese cortada la extremidad de aquella línea que remataba en el convento del Cármen.

“La perspicacia y la actividad fabulosa del general en gefe, continuaron supliendo el número de las tropas y pertrechos. Presente, en virtud de una cuasi ubicuidad, donde quiera, hacia avanzar las operaciones por todos lados. Escapando á veces por maravilla del fuego enemigo, con el sombrero y el vestido acribillado de balas; salvado por milagro en otras veces de entre los tizones ardiendo y de las ruinas de un edificio desplomado, el general Diaz logró, en la segunda quincena de Marzo, avanzar en los trabajos de sitio, lo que el ejército frances no pudo durante dos meses. Pero al aproximarse el de Abril, una emergencia grave vino á hacer crítica en extremo la posicion del ejército sitiador. D. Leonardo Márquez salió de México con fuerzas respetables y con un gran tren de artillería para salvar á la guarnicion imperialista acorralada en Puebla. Este socorro habia sido ofrecido diariamente al gefe de la plaza, y solo así se explica la tenacidad de la resistencia. El 1º de Abril el ejército republicano se hallaba ante un enemigo seguro tras de sus fortificaciones, á la vez que envalentonado con la proximidad del auxilio, y otro enemigo á la espalda y á distancia de muy pocas leguas.

“En circunstancias semejantes, el gefe del ejército de Oriente habia tomado el partido de sostener el sitio de Oaxaca con una corta fuerza, y de volverse sobre el refuerzo que iba á socorrer la

plaza sitiada, desbaratándolo por medio de un golpe fulminante. Aquel partido no era practicable esta vez. El número y la calidad de algunas de las fuerzas no se prestaban á la division; pero lo mas grave de todo, el depósito de municiones del ejército, no permitia sostener las operaciones del sitio y presentar á Márquez batalla, deteniéndole en alguna de las gargantas que dan entrada al valle de Puebla.

“En estas circunstancias, una persona que en el cuartel general se habia inclinado siempre á la idea de levantar el sitio y mover el ejército de Oriente hácia Querétaro para vencer cuanto ántes la resistencia que oponia esta última plaza, decia al que esto escribe, en la mañana del 1º de Abril, conversando ámbos en el alfeizar de una ventana, desde donde se dominaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelan la disposicion moral en que se hallaban los espíritus. “Mis predicciones, decia, tocan á su realizacion: el avance de Márquez prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, y á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe, mañana acaso tendremos que emprender la retirada hácia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmoralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y de Noriega.”

“Esta conversacion la interrumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pié del cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al general en jefe, que despues de recorrer las líneas volvia al cuartel general con su Es-

tado mayor. Las miradas y los ademanes de todos eran inquisitivas al derredor del general Diaz; todos procuraban hallar en su semblante y en sus palabras la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaria al remedio triste, pero prudente de la retirada? ¿Se ensayaria, como en la Carbonera, uno de esos medios audaces, cuyo éxito no se repite fácilmente? Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desasosegados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropa de cuya moral no se podia responder en aquellos momentos, esa idea que parecia rayar en los límites de la demencia, y que solo vista con el prisma del génio podrá perder sus visos de insensatez, esa idea, decimos, parecia eliminada de todas las congeturas.

“El jefe del ejército sitiador se presentó en el cuartel general. La jovialidad característica de su semblante no se habia alterado en lo mas mínimo: él era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupacion. Se sirvió el almuerzo, y los comensales guardaban, no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca: era el silencio de la cavilacion. Solo el general en jefe parecia comer con apetito, y sonreia con su afabilidad habitual. Por fin, como si hubiera querido disipar las preocupaciones que percibia en derredor suyo, dijo al que escribe estas líneas, que hacia los honores de la mesa: “Tengo presentimiento de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, si no

dentro de la capital de la República, al ménos en sus inmediateces." Estas palabras, dichas sin énfasis, sin segunda intencion aparente, y desenvueltas en varias frases de que se desprendia que en la mente del gefe sitiador la proximidad de Márquez á Puebla no venia á eclipsar la buena estrella del ejército de Oriente; estas palabras, decimos, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo se levantaron con el ánimo y el semblante mas serenos.

"El general Diaz se retiró tras esto á su recámara, que era la misma que habitó durante el sitio de 63 el general Forey, y desde donde el gefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio. Los gefes de la línea fueron llegando sucesivamente, y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero trasparente por demas, porque las apariencias todas permitian ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógrado, sino por el contrario, uno de esos arranques de audacia y de brío que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos. La serenidad y la fé del general en gefe habia cundido en todos sus subordinados: la animacion y la alegría entre los ayudantes y los gefes de líneas y de cuerpos, convocados al cuartel general, eran un sentimiento présago de sucesos faustos. En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto.

"Sonaron las cuatro de la mañana. Un lienzo empapado en espíritu de trementina y tendido de un ángulo á otro de la casa que corona el cerro

de San Juan, ardió de improviso, y como si hubiera sido un botafuego que obrara en toda la extension de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza, prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apénas percibir la descarga de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad. Una hora despues se recibió en San Juan un parte del general en gefe, comunicando que la plaza estaba en su poder, y dando las primeras instrucciones para organizar la situacion.

"El que esto escribe penetró al interior de la ciudad ya que la luz del sol alumbraba la escena. La victoria habia dejado en las calles su rastro de sangre y de muerte. Un reguero de cadáveres y de heridos marcaba el paso de los batallones al asalto. Trece columnas habian penetrado por distintos puntos. Los que lograron vencer primero la resistencia de la línea fortificada, tomaron por la espalda á los que todavía se defendian y decidieron el éxito de la lucha. Tras una hora escasa de combate, las columnas todas, mermadas por la metralla y por las bayonetas, se reunieron en la plaza de Armas de Puebla. El general Diaz estaba en medio de ellas reorganizándolas y haciendo conducir á aquel lugar toda la artillería abandonada por el enemigo en las fortificaciones.

"—General, le dijo el que esto escribe. ¿De qué puedo servir á vd. en estos momentos?

"—Ayude vd. á mi secretario, contestó: el órden debe ser la corona del triunfo.

"Entre los que acompañaban al general Diaz

y habian penetrado de los primeros á la plaza, se encontraba la persona misma que la víspera habia tenido con el que traza estas líneas, la triste conversacion que arriba referimos. Dirigióse al que suscribe tendiéndole una mano en ademán de felicitacion, y señalando con la otra al general Diaz, le dijo en voz baja:

“—¡Este hombre es un génio!

“Y lo parecia, á fé, en aquella escena. Era, no solo el génio de la guerra y de la victoria, sino el génio del orden y de la paz. Aquellos torrentes de muerte, de cólera y de esterminio que por trece puntos distintos se habian precipitado sobre la ciudad, arrollando toda resistencia, estaban inmóviles y sumisos en la plaza central ante el jefe del ejército; ni una violencia, ni un acto de rapacidad, ni un clamor siquiera de ira y de venganza. Sin la huella de sangre y de muerte que habian dejado en las calles las columnas, los restos de estas, formados en la plaza con el arma al brazo, hubieran parecido mas bien la guarnicion de una ciudad que se preparan á celebrar una fiesta patriótica por medio de un alarde militar. El orden coronó el triunfo, conforme al deseo del general en jefe: las ventanas y balcones estaban llenas de señoras y de niños que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por el génio tutelar del orden y de la moralidad.

“El dia 2 de Abril de 67, fué un gran dia para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso mas heróico de las armas republicanas á la ciudad de Zaragoza, ni un mas digno desquite del 17

de Mayo de 863. Jamas el valor y la magnanimidad del carácter mexicano se han elevado á tanta altura.

“No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo, el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla en el desenlace final de la guerra contra la intervencion monárquica. El noble interes del episodio heróico que tuvo lugar hace un año en la ciudad de Zaragoza, ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente, y entónces tendremos ocasion de demostrar cómo un desastre en Puebla hubiera aplazado por un largo período la restauracion del orden legítimo haciéndola mas difícil y laboriosa.

“Nuestro objeto por hoy ha sido solo consignar en este artículo los mas vivos entre nuestros recuerdos, relacionados con el asalto de Puebla, y dirigir un saludo cordial á los héroes de aquella memorable jornada.”

La explicacion de este fenómeno extraordinario que sorprendió agradablemente á los habitantes de la ciudad, se muestra en las medidas preventivas acordadas por el general Diaz al mismo tiempo que hacia adelantar las operaciones del sitio. Bajo la direccion del general Ramirez se habian organizado todos los servicios de policia, alumbrado, seguridad, etc.; y á esto debe agregarse la exactitud y fidelidad con que los gefes y oficiales mantenian el espíritu de orden y respeto á la sociedad, de que se hallaba inspirado el ejército.